

Palabras para Cuarentena, de César Méndez

José Pulido

José Pulido es poeta, escritor y periodista venezolano. Estuvo a cargo de la revista BCVCultural, del Banco Central de Venezuela hasta el año 2012 y de la revista Circunvalación del Sur editada por el Círculo Metropolitano de poesía, 2008. Dirigió las páginas de arte de El Nacional (1981-1988), El Diario de Caracas (1991-1995) y El Universal (1996-98). Miembro fundador de los suplementos Bajo Palabra (Diario de Caracas-1995) y El otro cuerpo (Suplemento del Ateneo de Caracas, en El Nacional-1997-1998). Jefe de redacción, bajo la dirección de Salvador Garmendia, de la revista Imagen (1994-1996). Corresponsal de Agencia Venezolana de Noticias, Venpres en Perú, 1990. Corresponsal de la Organización de Estados Iberoamericanos, (Ciencia y Cultura)1992; y asesor del Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imber, Venezuela, 1996.



César Méndez escribió una novela sobre los italianos que llegaron a Venezuela cuyos descendientes se volvieron venezolanos y entre todos ellos, en esa novela que fluye como un río apacible, pero a punta de crecida y desbordamiento, quedan grabadas la década de los sesenta y de los setenta, y como si fuera poco queda ahí, en sus palabras, un aura de lo que ahora es nuestra nostalgia más íntima y propia.

La novela muestra cómo se funden los sentimientos y los modos de vivir de dos orígenes, de dos nacionalidades, de dos pueblos. Refleja lo que tanto se ha dicho de los venezolanos en relación con los emigrantes: su natural solidaridad, su aceptación de otras culturas sin ningún trauma. La trama y las palabras de esta pieza hablan con un país que se ha ido para siempre, que se ha esfumado como las imágenes de un sueño, pero que de vez en cuando surgen otra vez, porque esa nostalgia se ha multiplicado y sobran seres humanos que al leer esta novela sentirán que se trata de ellos o de alguien conocido por ellos.

Soy amigo de Méndez, amigo distanciado por los años y los kilómetros, pero amigo al fin. Y no ha sido por eso que escribo esta especie de prólogo innecesario para una novela que se basta y se explica a sí misma. Es que me ha despertado muchos recuerdos y su narración es como los cuentos que compartíamos todos en aquellos años, cuando nos sentábamos en una plaza, en una esquina o en un bar, a conversar de la vida, que después vivíamos como si estuviésemos conversando con ella y así sucesivamente, sin prestarle atención al lenguaje y mucho más al lenguaje oral.

Pongo un párrafo de la novela sólo para que se comprenda de qué estoy hablando: En la cocina de la pensión dos mujeres preparaban los platillos, Carmini y Flora, la trujillana; la gocha era especialista en preparar unos bollos rellenos de carne con vegetales y picante, un bocado que a todos les encantaba mientras la musiu se encargaba de una polenta, entre la faena para mitigar el trajín parlaban muy amenas: ¿Viste al gitano? Andaba de perros y gatos, se enteró de que tiene un hijo. ¡Mamma mía!, eso lo descompuso y anda maldiciendo con ese vocabulario que no lo entiende nadie en esta casa, ¡qué de cosas! Bueno —dice la gocha —bonito no será un hijo de ese señor. Y se echaron a reír de la gracia del siniestro comentario. —Sí ese es un zafio—remataba y más carcajadas en la cocina y así hasta que se retiraron a sus habitaciones a esperar a sus críos y maridos como Dios manda.

Espero que César se sienta satisfecho en publicar su obra, porque tiene el don de contar, el ángel, la sabrosura. Y quien pose esa virtud debe amar el arte de escribir. Amarlo a ultranza, porque la escritura lo merece.

